

Sábado

BRENDA RÍOS

Helena no sabe qué pasaba por su mente el día que decide el suicidio. Era sábado y llovía porque el mundo cayó encima con toda su agua, con todas las ganas del agua... torrente, y ella no sabe cómo caminar en el agua. No sabe cómo caminar. Sólo que tenía que llegar a algún lugar, pero lo olvidó. Olvidó como se olvidan las cosas que no merecen importancia. Como cuando uno anda triste y no sabe qué pasó específicamente, qué ocasionó la tristeza: si la mañana nublada, si el señor malhumorado del puesto de verduras, si este país tan necesitado de todo, de costumbre pernicioso, de tanto, tanto que no hay catálogo posible...

Nada podrá empezar con érase una y otra y otra vez... vaya, con el mundo en un sábado común, de ruido y mercado, de frutas expuestas con toda su desvergüenza, con toda su madurez, con la atmósfera de animales muertos para bienestar de los vivos, un enorme caudal de trámites breves para la subvención del que sobrevive.

Entonces, como si no supiera nada avanzó hacia la multitud, en espera, siempre en espera, nada que la toque mientras logra avanzar entre gritos y empujones; sábado de familias compartiendo el día, decidiendo las pequeñas cosas que llevarían a casa y usarían para su felicidad. ¿Es tan fácil, pensó? ¿Sólo así: tomo y llevo, uso y compro, y tiro y vuelvo a comprar? ¿No hay nada más? Nada que quede para iluminar los ojos de esta niña pequeña que vuelvo a ser y que me ilumine la gracia. La inerme felicidad del vivir sin pensar en ello; así como andamos y compramos en un mercado sabatino, andamos sin fijarnos nunca en las

sutiles, imperceptibles decisiones, y nos toca la vida de lejos y parece que no pasa por nosotros y parece que no pasa nunca. Y yo, sólo soy una borrosa estampa del deseo, sólo para mí tiene constancia la muerte, sólo ella con su permanente aliento, siempre a la izquierda, siempre acompañante... la muerte que se asemeja a un pájaro. Porque sólo los pájaros anuncian los milagros cuando están en tierra, pero nadie los ve. No bajan así porque sí, tienen el cometido de la anunciación venturosa sólo para algunos, para que el día tenga un instante de luz, y nosotros pasamos de largo. Acabo de ver un pájaro muerto en la acera, tiene sangre seca en sus alas postradas, y lo miré como se miran las cosas de los museos, como un objeto creado para el que cree admirar el arte. La obra artística de un pájaro muerto de manera circunstancial es para algunos motivo de desmerecimiento, pero sólo un niño se conmueve de veras porque lo miró alzarse en vuelo antes... no a este pájaro en particular, sino al pájaro que es todos los pájaros, y toda su especie diversa se comprende en un solo ejemplar.

Paso de largo, avanzo otra vez, y una señora con toda su miseria se acerca a mí, y no puedo evitar el chantaje de su ceguera, la piedad de los que no ven tiene sobre nosotros la terrible angustia de querer transformar algo en nosotros, para no ser nunca más los mismos. Sólo cuando dejamos que estos ciegos de la calle indigente se acerquen y nos toquen, nos hacen sentir parte de la culpa. Ellos, no ven el sol ni la tarde, tal vez olvidaron los rasgos de los seres que más los quisieron y viven inmersos en la penumbra y el recuerdo. Pensamos en imágenes, pues ellos están aquí para no dejar que olvidemos que nos puede suceder a nosotros, los limpios del alma, los técnicamente imperecederos del espíritu. ¿Qué es eso ahora que asoma a la garganta y no nos deja respirar? ¿Qué es esto que invade desde las puntas de los dedos de los pies hasta el borde de mis cabellos? ¿Qué es esta imprecisa angustia agotándose sin fin, en el espacio restante entre mi nuca y la espalda? ¿Será el deseo de no ser nunca más la misma? ¿Será la vida que viene con toda su finitud a anunciarme su fácil retirada? ¿Será el

- Maestra en Letras Latinoamericanas por la Universidad Nacional Autónoma de México, Brenda Ríos (Acapulco, Gro., 1975) es autora de *Del amor y otras cosas que se gastan por el uso* (Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2006).

borde de tus ojos cuando miran sin mirarme? ¿Qué rodea esta mano cuando escribo y no sé si haya alguien del otro lado? Cuando escribo y sé que no lo hago bien, pero sé que si no lo hago no sucederá la breve felicidad de mí para conmigo, la tenue satisfacción de verme otra cuando escribo. De ser otra cuando ya no aguanto ser yo. Sí, sé que tú que lees estás ahí por mí, y para mí, lo curioso es que también partes de mí, como una extensión corporal, como el alargamiento del índice de mi mano derecha, con el dedo que tecleo en este instante esta palabra.

Y yo puedo ser también yo. Me desplazo, me multiplico y soy varias yos posibles, soy esta imagen de mí cuando doy la vuelta y hay otro paraguas igual al mío en la calle. Y volteo otra vez y ya no está. Pienso que tal vez nunca estuvo ahí, en la lluvia repentina de este sábado eufórico, histérico, radiante en rutinas familiares. Queda un soplo de la divinidad oculta en tu rostro que recuerdo amable, en despedida. Queda este silencio de los que ya no tienen nada que decir, este callejón olvidado y donde no transita nadie, esta pena sin remitente puesta en un sobre blanco, con tinta azul.

Me convierto en la lluvia que va por mi rostro y recuerdo ahora, sólo en este instante, adónde tengo que ir. Los pasos avanzan seguros, independientes de mí, ajenos a mi voluntad. Soy yo toda agua, pez vestido de algodón color lila, perdido fuera del mar, pero también perdido dentro de él. Él mismo es el mar. Yo soy el mar

que circunda en agua dulce cuando decide caerse de golpe del cielo. Azul el uno y el otro, espejo contemplándose a sí mismo. Espejo con borde de plata. Multiplicado en esta alma náufraga, opaca, moviéndose ahora sí, segura. Convencida de que el camino me llevará. Si no se sabe adónde, entonces no importa para dónde vaya, pero yo no sé y mis pasos sí. Qué conciencia hay del mundo que las piernas responden lo que la mente se niega a reconocer. Los sábados felices no serán para mí.

El mar entero se desborda hoy por mi rostro. Agua salada de ojos y continentes. Tan sólo porque uno está triste y no hay salvación posible, no hay. Entonces el mundo es una enorme pelota que da vueltas y vueltas... sin saber adónde nos llevará. Y yo quiero ser llevada en alto intento por no ser yo.

Mira, estas manos ya no pertenecen al cuerpo que creí propio, estas manos viven fuera de mí y se desga-

rran, y se mueren por tocar otras superficies, otras capas del mundo que no sean yo. O tú incluso. Sí, con tus cándidos ojos llegas de mañana y crees que no pasa nada. Quién soy para acompañar tu pérdida si lo que has perdido es lo que quedaba de mí, y yo no me reconozco más. No soy más que esta agua constante, fuente de piedra, no soy más que este moho de mis paredes. Hace millones de años el mundo empezó con las mínimas partículas del agua, y quedamos en el vestigio de formar parte de ese lento proceso de recreación, de bichos acuáticos. Somos al final de esta historia gusanos evolucionados del mar. Ahora llego, por fin. El agua puede sacudirse para regresar a su fuente, abandona mi cuerpo como si nunca lo hubiera poseído siquiera, hasta ella me desconoce, y me abandona, infiel, a la sequedad de un tal vez, a la deshidratación del corazón de un sábado perfecto. ~

